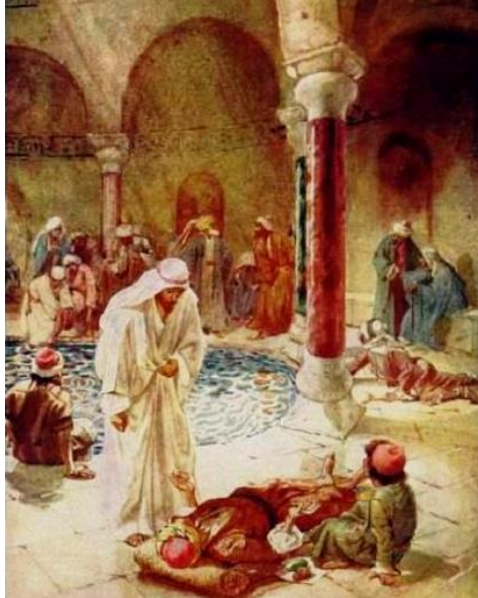


**“¿QUIERES SER SANO?”
(JUAN 5:1-15)**

(Domingo 16 de febrero de 2014)

**(Por el pastor Emilio Bandt Favela)
(No. 536)**



**“¿Quieres ser sano?”
(Juan 5:6)**

Encontramos en este pasaje tres frases del Señor que representan tres grandes desafíos para quien los escuche.

Así como aquel hombre de Betesda debía responder a ellos, así usted también. Estos retos que el Señor le presentó, eran para aquel hombre los más grandes de toda su vida.

Lo interesante es que todos estos desafíos son los mismos que el Señor presenta a toda persona, especialmente a usted y usted y nadie más debe responder a ellos.

1. “¿Quieres ser sano?”

Le ruego me acompañe a leer los primeros siete versículos del capítulo cinco del Evangelio según San Juan: **“Después de estas cosas había una fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén. Y hay en Jerusalén, cerca de la puerta de las ovejas, un estanque, llamado en hebreo Betesda, el cual tiene cinco pórticos. En éstos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos y parálíticos, que esperaban el movimiento del agua. Porque un ángel descendía de tiempo en tiempo al estanque, y agitaba el agua; y el que primero descendía al estanque después del movimiento del agua, quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese. Y había allí un hombre que hacía treinta y ocho años que estaba enfermo. Cuando Jesús lo vio acostado, y supo que llevaba ya mucho tiempo así, le dijo: ¿Quieres ser sano? Señor, le respondió el enfermo, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro descende antes que yo”**
(Juan 5:1-7).



¿Quieres ser sano? Es una invitación a un cambio de vida.

Esta parece ser una pregunta fuera de lugar.

Aquel hombre estaba enfermo. Dice nuestro pasaje que tenía treinta y ocho años enfermo, postrado, posiblemente paralítico. Estaba en el lugar donde se ofrecía una oportunidad para sanar. Precisamente la palabra Betesda significa “Casa de Misericordia”.

Por todo esto, podemos deducir ¡Por supuesto que aquel hombre quería ser sano!

Pero, ¿De verdad deseaba ser sano? Vemos que cuando el Señor lo enfrentó con el desafío de ser sano, el hombre no contestó de inmediato: ¡Sí! ¡Sí quiero ser sano! La verdad es que él contestó con una evasiva. Una excusa para su condición: **“Señor, le respondió el enfermo, no tengo quien me meta en el estanque cuando se agita el agua; y entre tanto que yo voy, otro desciende antes que yo” (Juan 5:7).**

Quizá no quería ser sano. Se había acostumbrado al auxilio de los demás, a depender de otros. Si sanaba, entonces cambiaría su situación. De ahora en adelante se tendría que valer por sí mismo y tal vez tenía que trabajar, cosa que posiblemente nunca había hecho en su vida.

Por esto, decimos que era un desafío del Señor: **¿Quieres ser sano?** ¿Quieres romper tu costumbre? ¿Quieres dejar de depender de los demás? ¿Quieres, en verdad, quieres, aunque no te resulte tan cómodo?

Esta misma invitación le presenta el Señor a usted el día de hoy. El Señor le ha observado por muchos años y se da cuenta perfectamente de que pie cojea, de cuál es exactamente su mal, su enfermedad espiritual.

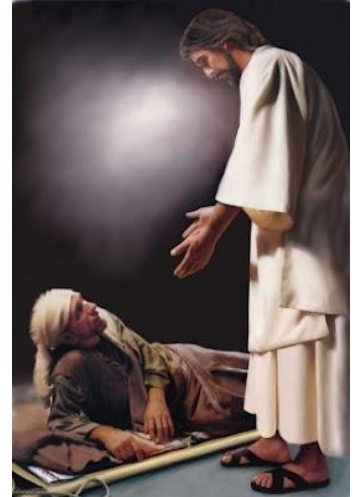
El Señor sabe absolutamente todo lo relacionado a su vida y sabe cuáles son sus pecados y ÉL quiere quitarlos de su ser en forma total y definitiva. Quiero recordarle que uno de los nombres de nuestro Salvador es: **“... el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29).**

Hoy, el Señor viene y le pregunta individualmente: **¿Quieres ser sano?** ¿Quieres abandonar tu patrón de vida, tu sistema de valores? ¿Quieres abandonar de una buena vez todos tus pecados, tu apatía, tu indiferencia y tener verdadera sanidad espiritual?

Y usted debe darle al Señor una respuesta. ¿Cuál será? Si su respuesta al Señor es: -“Sí, Señor, quiero ser sano” déjeme decirle que esa determinación debe ser hecha con mucha valentía.

El hijo de un gran rey iba a ser ordenado caballero del reino. En aquella suntuosa ceremonia, el joven se arrodilló para que su padre le impusiera la espada sobre su hombro. Inclinando su cabeza recibe el toque, pero al incorporarse para recibir su espada se lleva tremenda sorpresa de que su espada es demasiado corta. Sorprendido le dice a su padre: “Padre, mi espada es más corta que la de los demás”. A lo que el padre le responde: “Hijo, si tu espada es más corta que la de los demás, entonces da un paso más al frente”.

Así usted hoy, debe dar un paso más al frente. Tome la firme decisión de ser sano de una vez por todas, por Jesucristo, de sus pecados, de sus malos hábitos, de sus malas costumbres. Si ha logrado comprender que solo Cristo le puede sanar y ÉL ahora le dice **¿Quieres ser sano?** Entonces debe aprovechar esta oportunidad. Por favor, no la deje escapar.



2. “Levántate, toma tu lecho, y anda”.

Ahora le invito a leer los versículos bíblicos que siguen: **“Jesús le dijo: Levántate, toma tu lecho, y anda. Y al instante aquel hombre fue sanado, y tomó su lecho, y anduvo. Y era día de reposo aquel día. Entonces los judíos dijeron a aquel que había sido sanado: Es día de reposo; no te es lícito llevar tu lecho. Él les respondió: El que me sanó, él mismo me dijo: Toma tu lecho y anda. Entonces le preguntaron: ¿Quién es el que te dijo: Toma tu lecho y anda? Y el que había sido sanado no sabía quién fuese, porque Jesús se había apartado de la gente que estaba en aquel lugar”** (Juan 5:8-13).



“Levántate, toma tu lecho, y anda” Es una invitación a ser más valientes todavía, porque se trata de demostrar a todos los demás que hemos sido sanados por Jesucristo.

Esta fue la segunda frase de nuestro Señor a aquel hombre de Betesda: **“Levántate, toma tu lecho, y anda” (5:8)**. Pero el escritor sagrado dice enseguida: **“... Y era día de reposo aquel día” (5:9)**. Aquel hombre debía conocer las tradiciones de los judíos de que no le era lícito llevar su lecho en día de reposo. La pena por este delito era la muerte por apedreamiento. Aquel hombre en verdad que arriesgaría su vida si obedecía la voz del Señor Jesucristo: **“Levántate, toma tu lecho, y anda”**.



Pero él hizo, lo que todos debemos hacer, obedecer y confiar en el Señor amparándonos bajo su sombra protectora.

Así, cuando los judíos le recriminaron que llevaba su lecho en día de reposo, él testificó valerosamente acerca de Cristo: **“Él les respondió: El que me sanó, él mismo me dijo: Toma tu lecho y anda” (5:11)**.

Así, de la misma manera usted debe testificar de nuestro glorioso Señor y Salvador. Una vez que Jesucristo haga su Obra de poder en su vida, limpiándole de todos sus pecados y dándole una vida nueva, sin lugar a dudas, muchos se acercarán a usted. Unos para señalarlo como si fuera un bicho raro; otros para cuestionarlo sobre lo que le ha pasado; y usted debe con valor dar testimonio del Amor y del Poder de Cristo obrando en todo su ser.

ÉL nos invita a testificar de ÉL con poder: **“Pero recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”** (Hechos 1:8).

Así también nos invita a testificar de ÉL con valor: **“Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio. Por tanto, no te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio según el poder de Dios”** (2 Timoteo 1:7-8).

Sí. Testificar con poder y valor es el desafío del Señor para usted.

La Biblia nos cuenta la interesante historia de un hombre que estaba endemoniado. Vivía en los sepulcros y siempre andaba dando gritos, desnudo e hiriéndose con piedras. Hasta el día que tuvo un encuentro con el Señor Jesús quien le sanó y libró de todos aquellos demonios que lo poseían. Sentado, vestido y en su juicio cabal, aquel hombre quería seguir a Jesús, pero el Señor no se lo permitió, sino que le dijo: **“... Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti”** (Marcos 5:19). Eso nos enseña que los primeros que deben oír nuestro testimonio de lo que el Señor ha hecho en nuestra vida, son nuestros seres queridos.

Hoy:

**Cuéntale a
los tuyos**

Si usted ha sido salvo por Cristo, si es ahora un convertido al Señor, también debe ser un testigo de ÉL.

3. “Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor”.

Acompáñeme a leer la última porción de nuestro pasaje bíblico:

“Después le halló Jesús en el templo, y le dijo: Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor. El hombre se fue, y dio aviso a los judíos, que Jesús era el que le había sanado” (Juan 5:14-15).

Es muy interesante ver que después de sanarlo, el Señor lo buscara y lo hallara. Y es que el Señor tenía algo importantísimo que decirle: **“Mira, has sido sanado; no peques más, para que no te venga alguna cosa peor”**.

Notemos que aquel hombre estaba en el templo. Sin lugar a dudas, disfrutando de su nueva vida, alabando al Señor, rindiéndole culto. Esto es muy importante.

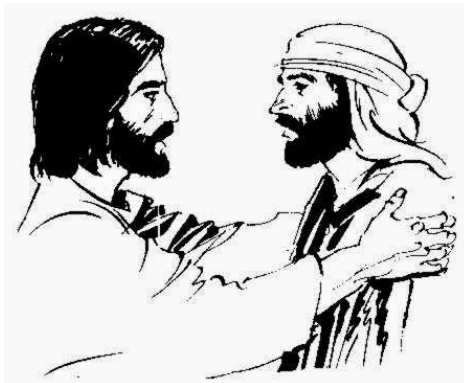
Pero no lo es todo. Nuestro Señor demanda, antes que otra cosa: Santidad.

“No peques más, para que no te venga alguna cosa peor” es un llamado a la santidad.

¿Puede usted escuchar este llamado del Señor Jesucristo?

Dios le llama a usted a una santidad de vida. Abandonemos de una buena vez todos nuestros pecados y sustituyámoslos por virtudes espirituales.

¡Es tiempo de transfigurarnos delante de Dios y de los hombres!
¡Que nuestro rostro brille como brilló el de Moisés cuando pasó bastante tiempo de comunión con Dios! ¡Que nuestros vestidos se hagan más blancos que la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos, y esto debido a nuestra santidad de vida!



Cuando los aeronautas que viajan en globos aerostáticos quieren elevarse, deben arrojar primero el lastre. Ellos llevan bolsas con arena que se llama lastre. Para elevarse deben arrojar el lastre fuera del globo. Así es la vida cristiana. Debe despojarse del lastre que le detiene en el piso y elevarse para estar más cerca de Dios. Con cuánta razón el escritor a los Hebreos dice: **“... despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia...” (Hebreos 12:1).**

Hoy, el Salvador le invita a tomar la mejor decisión de aceptarlo como su Señor y Redentor y así tener un cambio positivo, dar un testimonio eficaz y vivir una vida que ofrece olor grato al Señor.

Con sincero aprecio
Pastor Emilio Bandt Favela

RINCÓN PASTORAL:

“DECISIÓN FATAL”

El gobernador romano Félix tuvo la oportunidad de ser salvo cuando el apóstol Pablo le explicó el evangelio. Pero Félix rechazó la salvación porque amó más este mundo. Vivía bien, no le hacía falta nada, pero ambicionaba más y más. Félix era un buen gobernador, pero codiciaba algo más. Quizá se preguntaba, ¿Por qué no llegar a ser emperador? Tal vez veía alguna posibilidad. Pero si se arrepentía de sus pecados y se entregaba a Cristo, adiós al trono de emperador, adiós a la fama y a las riquezas, adiós a placeres y excesos.

Por eso, menospreció su oportunidad de arrepentirse y creer en Cristo. Sin embargo, al cabo de dos años, recibió como sucesor a Porcio Festo. Félix, según la historia, fue destituido de su cargo en el año 59 porque no pudo hacer frente al descontento e intranquilidad que reinaban en Judea. Así que perdió todo, perdió sus sueños de grandeza y lo que es peor, perdió su alma.